

leon la guerra de Crimea, y en su consecuencia fué mas vivo cada día su deseo de entenderse con la Rusia, utilizando para sus propios planes el odio de la Rusia contra el Austria. El resultado de todo fué que los plenipotenciarios de Austria, Rusia, Francia, Inglaterra y Turquía firmaron en 1.º de febrero en Viena una acta aceptando los cinco puntos como base de la paz, de la cual trataría una conferencia que debía principiar sus sesiones dentro de tres semanas en París.

Fué un gran triunfo para Napoleón que en el día fijado los representantes de las potencias interesadas se reunieran en la capital de Francia, la cual volvía á ser reconocida, al decir del *Constitutionnel*, como piedra angular de la política europea, á lo menos exteriormente. La presidencia del congreso correspondió, como era natural, al conde de Walewski, ministro de Negocios extranjeros de Francia, el cual tenía á su lado al barón de Bourqueney, embajador francés en Viena, sirviendo de secretario en el congreso el conde de Benedetti. La Inglaterra estaba representada por Clarendon y Cowley, la Rusia por los condes Orloff y Brunhoff, el Austria por los condes Buol y Hubner, la Turquía por Ali y Dyemil-Bajá y el Piamonte por el conde de Cavour y Villamarina. En vano se había esforzado la Prusia por ser admitida en las conferencias; el gobierno inglés, habiendo manifestado siempre que ningún interés alemán se hallaba expuesto en Oriente, se opuso enérgicamente á que fuese la Prusia invitada á la conferencia, diciendo que solo cuando estuviesen ventiladas todas las cuestiones litigiosas se podría admitir á los representantes de Prusia á fin de que firmaran también los tratados nuevos, cosa muy necesaria por ser la Prusia co-firmante de los tratados antiguos que resultarían modificados, especialmente el de los estrechos de 1841. El gobierno francés, que se inclinaba á favor de la pretension de Prusia, se conformó con el parecer de Inglaterra y se contentó con que en la sesión del 10 de marzo se acordase la invitación posterior á los representantes prusianos para asistir al congreso. En virtud de esta invitación asistieron por la Prusia desde el 18 de marzo el barón de Manteuffel y el conde de Hatzfeld; pero aun entonces pretendió el gobierno inglés que se expresara en la introducción del tratado de paz la parte secundaria que los representantes de Prusia habían tomado en las conferencias. Solo el 24 de marzo se pudo llegar á una fórmula que contentó á todos los interesados, y tan satisfecho se mostró de ella Federico Guillermo IV, que concedió á Manteuffel el orden del Águila Negra. Posteriormente el príncipe de Bismarck declaró que la manera humillante con que la Prusia había sido admitida en la conferencia era semejante á la humillación del emperador Enrique IV impuesta por el papa Gregorio VII el año 1077 en el castillo de Canossa, y que él no habría cargado con semejante responsabilidad, después de haber desaconsejado en vano que se pretendiera tomar parte en las conferencias de París (1).

Antes de la primera sesión formal del 25 de febrero, había habido conferencias confidenciales entre las diferentes potencias. Los ingleses observaron que en Francia tanto el gobierno como el pueblo estaban deseosos de la paz y que la Rusia sabía muy bien aprovechar esta disposición. No había medio de inducir á Napoleón á apoyar las exigencias inglesas mas allá de los cuatro puntos, como, por ejemplo, la independencia de los cherqueses. En cambio el emperador francés estaba dispuesto á disminuir notablemente la exigencia de la cesión de territorios en la embocadura del

(1) Dijo el canciller en la sesión del parlamento alemán del 6 de febrero de 1888: «No tenemos ninguna necesidad ni de darnos aires de potencia mas grande de lo que éramos ni de firmar aquellos tratados; pero hicimos antecámara para ser admitidos á la firma. Esto ya no nos sucederá otra vez.»

Danubio y á exceptuar el puerto de Nikolayeff de la prohibición impuesta á la Rusia de levantar fortificaciones ni tener maestranzas de guerra en los puertos del mar Negro, si bien el citado puerto se comunicaba con el mar por el Li-man del Dnieper. Por lo demás era la opinión del gobierno francés que la Rusia restituyera á Turquía la plaza de Kars. La Inglaterra se conformó con mucha dificultad con estas rebajas, y consintió que se limitaran las cesiones de territorio en Besarabia á doscientas leguas cuadradas con doscientos mil habitantes aproximadamente, bien que este territorio comprendía las fortalezas de Reni, Ismail y Kilia y toda la orilla derecha del Danubio. Respecto de Nikolayeff y todos los afluentes al mar Negro, con sus corrientes secundarias, las potencias se contentaron con la declaración formal de la Rusia de que la intención del emperador era no hacer construir allí buques de guerra á excepción de los destinados al mar Negro. Los debates relativos á la cuestión de las condiciones que debían reunir los buques de guerra y del número de éstos que la Rusia podía tener en el mar Negro, fueron difícilísimos, ocuparon las sesiones del 16 y 17 de marzo y estuvieron á punto de producir una crisis muy grave. Orloff pidió al principio seis fragatas y quince corbetas, y solo cuando redujo su exigencia á seis buques de transporte de ochocientas toneladas y cuatro buques menores de doscientas toneladas, se declaró la Inglaterra conforme. Por otra parte resultó imposible ponerse de acuerdo sobre la constitución futura de los Principados danubianos. La Francia y el Piamonte con la Rusia pidieron la fusión de ambos Principados en un solo Estado bajo el gobierno de un príncipe europeo que debía ser vasallo del sultán. A esto no asintieron ni la Puerta ni el Austria, mientras el gobierno inglés estaba pronto á aprobarlo en el caso de que la población de los Principados lo deseara. Al fin se aplazó esta cuestión, acordándose que después de hecha la paz las potencias enviarían comisarios á Bucarest y Jassy, donde reunirían consejos de Estado extraordinarios encargados de expresar los deseos del país respecto de la futura organización de los Principados. Después se firmaría un convenio, basado sobre el informe de los comisarios, y éste sería promulgado como ley por el sultán. También fijaron las potencias el reglamento de la navegación libre del Danubio, las disposiciones para la conservación del lecho navegable del río y la introducción de un impuesto sobre los buques para cubrir los gastos de la conservación de la navegación; pero se acordó todo esto solo en principio, dejando la fijación de los pormenores á una comisión de las siete potencias firmantes. El tratado de paz tomó también acta de las concesiones hechas por el sultán en su decreto del 21 de febrero respecto de la situación de los cristianos en Turquía, determinando que ninguna potencia, ni sola ni en unión con otra, pudiera atribuirse por este decreto el derecho de intervención, y que en general quedaba anulado todo protectorado que hubiera existido ó se hubiese pretendido antes de la guerra. En un artículo especial quedó admitida la Turquía entre los Estados europeos con derechos iguales, garantizando todas las potencias la integridad del territorio turco.

Con esto, sin embargo, el congreso no había concluido aun sus tareas, y de haber prevalecido el deseo de Napoleón hubiera emprendido la revisión de los tratados anteriores, anulando las disposiciones anticuadas y concertando cambios notables territoriales de las potencias europeas; pero Inglaterra no quiso entrar en discusiones tan delicadas, y solo se mostró dispuesta á tratar de la situación de Polonia, de Italia y de Grecia. Respecto de Polonia no quiso entrar en negociaciones el gobierno ruso, si bien el conde de Orloff indicó en conferencias confidenciales que el czar quería

seguir una política enteramente nueva tocante á aquel país y que proclamaría sus propósitos liberales cuando se hiciera su coronación. Por lo demás se negó á anunciar estas intenciones oficialmente en el congreso, advirtiendo que si este asunto se pusiera sobre el tapete se vería obligado el czar á renunciar á sus intenciones. También tuvo que renunciar el congreso á la esperanza de llegar á resoluciones definitivas en las cuestiones griega é italiana, contentándose con una discusión muy general en la sesión del 8 de abril. En cambio se convino de comun acuerdo á excitación de lord Clarendon en que las potencias firmantes en caso de discordia entre ellas invocasen antes de echar mano á las armas los buenos oficios de una potencia amiga, siempre que lo permitiesen las circunstancias. También á propuesta de Napoleón, el congreso en su declaración del derecho marítimo del 16 de abril estableció cuatro principios convenidos entre Francia é Inglaterra al comenzar la guerra y para toda la duración de ésta, á saber: abolición del corso; respeto á las mercancías enemigas bajo bandera neutral; igual respecto á las mercancías neutrales bajo bandera enemiga, exceptuando contrabando de guerra, y declaración de que todo bloqueo que no fuese efectivo y eficaz sería ilegal y no debería ser respetado.

Las demás potencias marítimas aceptaron estas resoluciones, á excepción de los Estados Unidos, que solo querían aceptar la abolición del corso cuando se reconociera como inviolable la propiedad privada en el mar en todas circunstancias. Esta exigencia, manifestada por el gobierno de los Estados Unidos en un despacho de 28 de julio de 1856, fué aceptada por todas las potencias menos por la Inglaterra, y la cuestión quedó en el estado en que la había resuelto la conferencia de París, y aunque insuficiente constituyó de todos modos un notable progreso.

Respecto de las demás cuestiones «ardientes» que Napoleón deseaba someter al congreso, tuvo que contentarse con que fueran objeto de una discusión académica que se verificó en la ya mencionada sesión del 8 de abril, á excitación de Walewski, de acuerdo con Inglaterra y el Piamonte. Su objeto principal fué el estado de Italia; mas para disimular en algo el interés preferente que tenía en esta cuestión la Francia, introdujo Walewski en un discurso bastante largo esta cuestión involucrada con la declaración del derecho marítimo, con la situación de la Grecia y con el lenguaje desenfrenado de la prensa belga. Después el representante de Prusia llamó la atención del congreso sobre el Estado de Neufchatel, diciendo que era el único punto de Europa donde á pesar de todos los tratados reinaba la revolución.

Desde el verano de 1853, cuando pareció ya seguro que estallaría la guerra entre la Rusia y la Turquía, habíase manifestado en Grecia un movimiento nacional muy vivo, habiendo acudido voluntarios al Epiro, Tesalia y Macedonia para promover allí una sublevación contra el gobierno turco. El gobierno griego auxilió ocultamente esta agitación con armas y dinero y se negó á tomar las disposiciones contrarias, pedidas por el sultán, para la conservación de la paz y del orden; por manera que el gobierno turco rompió en marzo de 1854 sus relaciones diplomáticas y expulsó de su territorio á los súbditos de Grecia. Con esto se aumentaron la exasperación y el entusiasmo de los griegos, y Francia é Inglaterra llegaron á temer que el rey Oton declararía la guerra á la Puerta. El rey de Grecia acudió con carta á Napoleón solicitando su apoyo; pero los aliados no se contentaron con enviar notas amenazadoras á Atenas y apresar en interés del sultán buques griegos que llevaban contrabando de guerra, sino que enviaron una escuadra al Pireo, con un cuerpo de ejército francés. En esta situación el rey de

Grecia, en 27 de mayo de 1854, se obligó á permanecer neutral; pero á pesar de esto, el cuerpo de ocupación francés continuó en el Pireo. Ahora bien, en la citada conferencia del congreso expresó Walewski el deseo de retirar pronto aquella guarnición francesa, y si bien dijo que por el momento no era posible sin grave peligro de la tranquilidad, añadió que esperaba que las tres potencias protectoras encontrarían el medio de mejorar la lamentable situación de aquel pequeño reino. Con estas ideas se manifestaron conformes la Inglaterra y los representantes de las demás potencias. Lord Palmerston habría preferido el destronamiento del rey Oton ó cuando menos el nombramiento de un sucesor suyo, como por ejemplo el duque de Carignan, que en su opinión podía casarse con la duquesa de Parma, cuyo ducado sería agregado entonces al Piamonte. Este plan resultó ya imposible en los debates preparatorios, á pesar de interesarse por él Napoleón. El resultado fué que las potencias protectoras nombraron después del congreso una comisión que exigió al gobierno griego promesas y garantías y procuró zanjar las dificultades económicas; mas el Pireo solo fué evacuado en febrero de 1857.

Con la discusión relativa á la ocupación de Grecia en la sesión del 8 de abril se enlazó la concerniente al Estado de la Iglesia, cuyas provincias septentrionales estaban ocupadas militarmente desde abril de 1849 por fuerzas austriacas, mientras tropas francesas ocupaban la capital. Volveremos á hablar de estos debates mas adelante. Walewski tocó este punto con el objeto de dar ocasión al presidente del consejo de ministros del Piamonte de manifestar ante el congreso y la Europa las quejas nacionales de los italianos contra Austria y los gobiernos de Italia dependientes de aquella potencia. El conde de Cavour había promovido la cooperación del Piamonte á la guerra de Crimea únicamente con la esperanza de emprender de nuevo la liberación de Italia, que había fracasado en 1848 y 1849; mas lo que alcanzó en la conferencia fué mucho menos de lo que había esperado, porque en lugar de una ventaja material, como lo hubiera sido la anexión de Parma ó de Módena, tuvo que contentarse con una satisfacción puramente moral. Sin embargo, siempre fué ésta una ventaja, y además pudo regresar á su país con la seguridad de que dos grandes potencias, Francia é Inglaterra, se inclinaban á favor de los deseos nacionales de Italia, y que otra grande potencia, la Rusia, se hallaba animada de tanto odio contra el Austria, que bastaba para hacerla simpatizar con cualquier adversario de la monarquía austriaca.

CAPITULO V

LA CONSOLIDACION DEL IMPERIO

No fué cosa fácil para Napoleón decidirse á intervenir seriamente en los asuntos de Italia. Por un lado le impulsaba la simpatía que desde años profesaba al país de donde descendía su familia, simpatía que le había movido veinticinco años antes á tomar parte en la sublevación de la Romagna; por otra parte comprendía que las ideas de nacionalidad que se manifestaban con mas ó menos vigor en todos los pueblos de Europa, tenían demasiado vigor vital y fundamento justo para que pudieran ser sofocadas de una manera permanente, y que para el soberano que supiese dirigir hábilmente y aprovechar estos sentimientos nacionales, se abría la perspectiva de un papel histórico de grandísima importancia. Así, pues, para Napoleón se ofrecía la posibilidad de llegar á ser el regenerador de Europa y de hacer de la Francia el centro de todos los países que se constituyeran sobre

el principio nacional ó que lo reconocieran como justo. De este modo podía adquirir gloria y gratitud. Esto por supuesto solo podía lograrse procediendo con honradez y sin egoísmo; pero en tal caso no se hallaba Napoleón ni mucho menos el pueblo francés, porque por mas que ambos se jactaran de cuando en cuando de luchar por una idea generosa, sin segundas intenciones, uno y otro lucharon con la esperanza de sacar un aumento territorial. Por otra parte era también muy general en Francia la opinión de que ninguna ventaja podría compensar el perjuicio que resultaría para la Francia con el establecimiento de grandes Estados nacionales en Italia y Alemania. Esta última consideración, que no podía ocultarse a Napoleón, le apartó por lo pronto de tomar á la Italia bajo sus auspicios, y el mismo temor le impidió después completar su obra; porque en lugar de continuar á la cabeza del movimiento empezó á dificultarlo y hasta á renegar de él, con lo cual perdió todo el fruto que hubiera podido sacar dedicándose sin egoísmo á la idea nacional. De todos modos hay que reconocer que si retrocedió no fué tanto por su propio impulso como por el de la opinión pública, pues su política italiana no fué nunca verdaderamente popular en Francia, y á medida que se mostró con mas claridad su tendencia favorable á Italia, se manifestó también hasta con violencia la aversión entre aquellas clases en que se apoyaba preferentemente el emperador. Por ejemplo el clero católico miró con grandísima repugnancia los propósitos de una alianza con el Piamonte y una guerra contra el Austria, porque su consecuencia natural debía ser la retirada de la guarnición francesa de Roma y el abandono del dominio temporal del Papa á los embates de la revolución. Además todo el partido conservador odiaba el principio de las nacionalidades, que con su fondo forzosamente revolucionario era incompatible con el estado existente en Europa y hacia temer á este partido una alianza del emperador con las fuerzas revolucionarias del extranjero. Nada de esto se le ocultaba á Napoleón, pero se tranquilizaba con la idea de que no llevaría las cosas al extremo, de que utilizaría la revolución, pero la dominaría al llegar á cierto punto, y respecto del Papa se lisonjaba de poder crearle á la cabeza de una confederación italiana una posición que pareciese satisfactoria á los católicos mas celosos.

Estaba tan seguro de su posición en Francia después de la guerra de Crimea, que el temor de agitaciones no influyó en nada en sus relaciones. El regreso de las tropas vencedoras de Oriente, la ostentación con que rodeó al congreso y el nacimiento de un heredero justamente en aquellos días, daban á su trono un esplendor capaz de haber deslumbrado á un hombre calculador menos frío que Napoleón. Su posición ante el resto de Europa podía también llenarle de satisfacción y orgullo. Verdad es que el liberalismo en todas partes no le perdonaba ni el golpe de Estado ni sus tendencias autocráticas; pero el odio persistente no impidió que aunque de mal grado se reconociera su talento de estadista, que el público empezaba á exagerar como pocos años antes había exagerado su ineptitud política. Por lo demás, en la situación de entonces, ni el liberalismo ni la opinión pública eran elementos políticos de mucha importancia. Lo que importaba era la actitud de las cortes y gabinetes extranjeros respecto de las Tullerías, y en este concepto no había duda de que la posición de Napoleón entre los soberanos europeos había cambiado completamente. Muchas visitas de testas coronadas y de otros príncipes, demostraban que ya no se pensaba en calificar á Napoleón de intruso y que al contrario se reconocía su importancia principal en la gran política. El duque Ernesto de Coburgo fué el primer monarca que hizo su visita á las Tullerías, en marzo de 1854, y que

fué recibido como es de pensar con las mayores atenciones. El motivo de su visita fué el encargo del rey de Bélgica de devolver en su nombre la que le había hecho en Bruselas el príncipe Jerónimo Bonaparte, lo cual por cierto gustó muy poco á su hermano el príncipe consorte de Inglaterra, que entonces no estaba todavía muy inclinado á favor de Napoleón (1). El príncipe consorte y hasta el rey de Prusia reconocieron posteriormente que los servicios prestados por Napoleón á la causa del orden eran inapreciables. Después visitaron al emperador en el campamento de Boulogne el rey de Bélgica con su hijo, el de Portugal y también el príncipe consorte inglés, que durante su permanencia en el campamento (desde el 4 al 9 de setiembre de 1854) venció su repugnancia (2). Esto dió ocasión al emperador para devolver la visita á la corte de Inglaterra, en unión de su esposa, á mediados de abril de 1855, siendo recibidos con verdadera cordialidad tanto de parte de la reina de Inglaterra como de la aristocracia inglesa, lo que produjo una excelente impresión en ambos países, porque eran triunfos del soberano tratado hasta entonces de advenedizo. A esta gran visita correspondía otra de la reina de Inglaterra y de su esposo á París, que la devolvieron para aprovechar de paso, sin contar otros motivos, la exposición universal. Desde 1422 no había estado ningún rey de Inglaterra en la capital de Francia, y para celebrar tan extraordinario suceso desplegó la corte imperial toda la magnificencia y pompa que pudo. Aunque en esta ocasión se habló menos de política que en entrevistas anteriores, la de que se trata fué ciertamente un suceso político de grandísima importancia, porque desde aquel momento la corte de las Tullerías quedó francamente aceptada entre las cortes europeas mas orgullosas. En noviembre del mismo año visitó también á Napoleón el otro aliado de Francia, Víctor Manuel, que pocos meses antes había eludido todas las invitaciones; y al duque de Coburgo, que en el año 1855 fué dos veces á París, siguieron otros soberanos y príncipes alemanes. Restablecida la paz con la Rusia, casi ninguna de las familias soberanas se negó á visitar las Tullerías, si no personalmente, por medio de los príncipes de sus casas. En el curso del año 1856 y del siguiente, hicieron su visita á los emperadores los reyes de Wurtemberg y de Baviera, los grandes duques de Hesse-Darmstadt y de Toscana, el príncipe Federico Guillermo de Prusia, el gran duque Constantino, el duque de Cumberland y muchos otros. El emperador, apreciando en todo lo que valían estas visitas, estaba muy dispuesto á hacerlas también por su propia iniciativa, y esta idea hizo indicar por medio del príncipe Napoleón en Berlín. Este había ido para devolver la visita del príncipe prusiano, y decir que su primo aceptaría gustoso una invitación para asistir á las próximas maniobras del ejército de Prusia; pero á pesar de los consejos de Bismarck en favor de la invitación, la corte de Prusia se mantuvo muy fría por temor de adelantarse demasiado. Mejor éxito obtuvo Napoleón en sus esfuerzos para conseguir una entrevista personal con el czar, la cual se verificó en setiembre de 1857 en la corte de Stuttgart, con la que ambos emperadores estaban emparentados. Poco antes de esta entrevista había estado Napoleón con su esposa por segunda vez en Inglaterra; y aunque en esta entrevista hubo mayor reserva que en las anteriores, y el príncipe Alberto con notable frialdad resistió toda tentativa de poner sobre el tapete la revisión de los tratados de 1815, se dilucidaron otras cuestiones, por ejemplo, la de la unión escandinava, cediendo el Holstein á la Prusia, y el reparto futuro del Africa del Norte, destinando Mar-

(1) Véanse las *Memorias del duque Ernesto*, tomo II, pág. 123.
(2) T. Martin, tomo III, pág. 88.

ruecos á España, Trípoli al Piamonte, Egipto á Inglaterra, pasando á Túnez en silencio, como perteneciente á Francia, y destinando al Austria la Siria. Por lo pronto estos eran meros proyectos para una época lejana, porque entonces lo que quería Napoleón era cultivar la amistad con la Rusia contra el Austria; pero de esto no pudo hablar con el príncipe Alberto, porque Inglaterra desde el congreso de París se había ido aproximando al Austria, mientras Napoleón se había ido acostumbrando á la idea de deshacerse de su alianza austriaca para conseguir en su lugar una alianza con Rusia y Prusia á expensas del Austria.

Desde algunos años antes había pensado Napoleón en una alianza con la Prusia, á la cual siendo todavía pretendiente había reconocido en sus escritos como un Estado destinado á un gran porvenir. Por tanto, juzgó prudente y útil entenderse con el gobierno prusiano, como lo hizo cuando fué presidente, enviando á Berlín poco antes del golpe de Estado á Persigny con ofrecimientos seductores. El confidente de Napoleón manifestó á Radowitz en largas conversaciones que Napoleón estaba seguro de su dominio en Francia, porque cincuenta años de revoluciones habían dejado triturados todos los ideales y todo respeto al derecho y á la ley; que solo quedaban organizados y poderosos el ejército y el proletariado; que del primero disponía Napoleón por la magia de su nombre y se proponía ganar al segundo con abundantes obras públicas que permitieran al pueblo alimentarse bien; que por lo demás no caería en los defectos de su tío, el cual había sido afortunado mientras se había limitado á la misión natural de Francia, que era el dominio del Mediodía neo-latino, y había fracasado cuando se había propuesto dominar sobre la Alemania y hacer la guerra á Inglaterra. La ambición del príncipe-presidente, dijo Persigny, iba dirigida al Sur; no toleraría que el Austria dominara toda la Italia, y siendo esta misma potencia adversaria de la Prusia, convenía en interés comun una alianza franco-prusiana. Hecha esta alianza podía constituirse la Alemania conforme á sus deseos nacionales; Napoleón no deseaba ninguna ventaja material ni del lado del Rhin ni en Italia, porque era bastante grande para dirigir el mundo. Haciéndose la Francia conquistadora, no conseguiría mas que armar á los pueblos contra sí; y solo si la opinión pública le obligara á ello, exigiría Napoleón para la Francia la Saboya ó Landau. Federico Guillermo IV rechazó estos ofrecimientos y se mostró mas reservado en adelante con Napoleón; pero esto no modificó en nada ni las esperanzas ni los cálculos del emperador, el cual durante la guerra de Crimea aprovechó todas las ocasiones, conforme ya hemos dicho, para dar á entender al rey de Prusia que deseaba el engrandecimiento de su nación y que la encontraba demasiado «escueta,» conforme dijo una vez al ministro prusiano A. Heide (1). Gran satisfacción fué para Napoleón cuando el rey de Prusia en cartas autógrafas solicitó su mediación para ser admitido en el congreso de París. Napoleón aprovechó esta ocasión para mostrarse servicial, y lo mismo hizo en el conflicto de Neufchatel, donde la impremeditada tentativa de algunos realistas para restablecer en aquel cantón el gobierno prusiano, había tenido por consecuencia su prisión en 1856, negándose el consejo federal suizo á ponerles en libertad. El rey de Prusia, furioso por esta negativa, amenazó á la confederación con declararle la guerra (2); pero mostrándose rehacios los Estados del Sur de Alemania á permitir el paso de las tropas prusianas, el rey de Prusia se di-

rigió á Napoleón para que lo permitiera por el territorio francés. Esto era mucho mas de lo que el emperador Napoleón quería y podía conceder. Bismarck fué enviado á París con esta misión, y á él reveló Napoleón sus propósitos políticos con aparente franqueza (3). Rechazó toda sospecha de querer dar á la Francia el Rhin por frontera y con mas razón la de querer agregarse la Bélgica y la Holanda, diciendo que sabía que semejante engrandecimiento de la Francia con unos 10 ó 11 millones de habitantes, suscitaría contra él una coalición. Muy diferente sería una pequeña rectificación de límites para satisfacer el orgullo nacional; pero también podía vivir sin esa satisfacción, y todo engrandecimiento mayor sería solo un depósito que el mejor día volvería á reclamar la Europa. Mas fácil sería que se originara una guerra en Italia; y ya que la Francia había alcanzado bastantes victorias terrestres, tendría una satisfacción particular en poder extender sus costas. No era el propósito directo suyo hacer del Mediterráneo un lago francés, pero una cosa por el estilo había de suceder, porque destruida la armada rusa, la Italia, á consecuencia de la guerra, debería depender de Francia, á lo cual debía agregarse la adquisición de algunos puntos marítimos. A esta política, dijo, no podía oponerse la Prusia, que debía por esta razón continuar neutral en una guerra entre Austria y Francia; y si la Prusia en cambio quería redondear su territorio con la anexión de los ducados del Elba y con el reino de Hanover, no se opondría á ello la Francia.

Bismarck se negó á comunicar estos planes á su soberano, porque creía absolutamente imposible que el rey los admitiera, y una indiscreción podría muy bien comprometer las buenas relaciones entre Prusia y Francia. Al mismo tiempo procuró disuadir al emperador de una política que le llevaría á complicaciones en que se perdería. No obstante, hizo cuanto pudo para combatir la aversión inmotivada del rey de Prusia á una relación mas estrecha con Francia; y en su informe al ministro en 18 de mayo y al rey en 2 de junio de 1857, aconsejó una aproximación, que hubiera podido llegar á ser trascendental en vista de que Napoleón justamente entonces estaba preparando su entrevista personal con el czar. Sus esfuerzos para inducir al rey de Prusia á pasar á Stuttgart fueron inútiles, y aunque las relaciones entre Berlín y París eran relativamente amistosas, estaban muy lejos de dar lugar á una alianza mas estrecha (4).

Poco adelantó Napoleón con el emperador de Rusia en su entrevista de Stuttgart. Se dice que cometió la gran falta de hablar de Polonia, lo que indignó tanto al czar que manifestó luego á las personas de su intimidad su extrañeza de que Napoleón se hubiese atrevido á hablarle de tal asunto (5). Por otra parte el czar había prometido tener una entrevista, á su regreso de Stuttgart, con el emperador de Austria, lo cual no podía ser del gusto de Napoleón; mas á pesar de estas pequeñas contrariedades continuó la buena inteligencia entre Francia y Rusia. Estas buenas relaciones fueron el hecho político mas característico de aquellos años é influyeron mucho en los debates á que dió lugar la ejecución del tratado de París. La Rusia, por ejemplo, había arrasado las

(3) Según dice Bismarck, Napoleón no le reveló sus propósitos políticos sino en 1870, en el cuartel general. Kaoppen: *El príncipe de Bismarck*.

(4) A esta misión de Bismarck se referirá Rothan en su obra: *La Prusia y su Rey*, donde dice, pág. 15: «En 1857 envió el ministro Manteuffel una persona de su confianza á Plombières para descubrir las intenciones del emperador y prepararle á los cambios territoriales en Alemania excitando su ambición.»

(5) H. Martin, tomo VI, pág. 203. Véanse también sobre la entrevista de Stuttgart las revelaciones recientes de Rothan en la *Revista de ambos mundos*.